

Nación y nacionalismo en una letra

El patriotismo de Unamuno y la x de México

Fernando Vizcaíno Guerra

El propósito de este estudio es explicar el llamado de Miguel de Unamuno por escribir “Méjico”, con j, no con x. Sin pretender explicaciones gramaticales, el artículo argumenta que el uso de la x en el vocablo, equivocado según los criterios establecidos en el siglo XIX por la Real Academia Española, implicaba un sentido político que Unamuno hizo visible. Asimismo, que la x rompía la unidad hispánica unamuniana. Se asume, como punto de partida, que el problema debe ser explicado por su relación con la identidad y con el nacionalismo y las instituciones del Estado.

Palabras clave: nacionalismo, identidad, Unamuno, España, x de México.

NATION AND NATIONALISM IN A LETTER. UNAMUNO'S PATRIOTISM AND THE X OF MEXICO

This article aims to explain Miguel de Unamuno's call to write “Mejico”, with a j and not with an x. The criteria of his appeal involved a political sense, more than grammatical explanations, even though the use of an x was wrong according to the Real Academia de la Lengua's rule. For Unamuno the use of an x broke Hispanic unity. It is assumed, as a starting point, that this problem should be explained by its connection to identity and also with nationalism and state institutions.

Key words: nationalism, identity, Unamuno, Spain, Mexico with x.

INTRODUCCIÓN

En mayo de 1898, iniciada la guerra entre Estados Unidos y España que ya prefiguraba “El Desastre del 98”, apareció un breve ensayo: “Méjico y no México”, de Miguel de Unamuno (1898), acusando la falta de lealtad de “los criollos mexicanos” con el idioma y con la unidad espiritual de los pueblos de habla española, en especial con Hispanoamérica. La x en el vocablo era un error –de acuerdo con la gramática dictada desde Madrid– y sólo servía como “prurito de distinción e independencia”, un asunto de infantil soberanía del gobierno de México (Unamuno, 1898:396). Si el idioma según Unamuno constituía la patria, el uso de la x, en el topónimo de un territorio tan vasto y poblado de hispanohablantes, era una forma de ruptura de esa patria.

Alfonso Reyes, en un ensayo de 1932 sobre la pregunta ¿México con x o con j?, iba a sostener que no había ninguna razón científica contra la j, filológicamente hablando correcta y “más revolucionaria”. Sin embargo, por “apego” prefirió la x: “Mi x como a una reliquia histórica, como a un discreto santo y seña en que reconozco a los míos, a los de mi tierra, igual que en el dejo o acento, o en el uso de tal o cual término o manera dialectal que me resucitan toda mi infancia”. Argumentó también que la voz México, “montada en la corriente de la x”, no podía explicarse como un asunto de proyectos políticos, entre liberales (por la x) y conservadores (por la j). Unos y otros, indistintamente, habían “bailado al son de la jota” o se habían “santiguado con la cruz de la equis” (Reyes 1932:4). No era, pues, cuestión de tradiciones políticas, sino de identidad individual y colectiva. El punto de vista de Alfonso Reyes condensaba parte importante de la literatura escrita sobre el tema que iba a dar nombre a uno de sus libros sobre la mexicanidad: *La x en la frente* (1952). Pero si Alfonso Reyes puso el acento en la historia y la identidad, lo significativo en Miguel de Unamuno consistió en advertir la importancia institucional y el nacionalismo en el uso de la grafía. En este ensayo, asumo incluso –sin negar la conexión de la x o la j con la identidad– que el asunto adquiere mayor relevancia si se explica por su relación con los proyectos políticos y las instituciones, con el discurso para legitimar la soberanía, para justificar o negar la comunidad hispánica. No es sólo un problema de individuos o de colectividades, sino de poder político y de Estado. Nación y nacionalismo en una letra.¹

La x de México era ya en la Nueva España del siglo XVIII un elemento de identidad, una forma dominante de lenguaje que creaba sentido de comunidad y la diferenciaba

¹ Sobre la relación entre los conflictos mundiales y la producción de símbolos que crean sentidos e imaginarios colectivos, me he beneficiado de un ensayo de Daniel Gutiérrez (2015) discutido en el Colegio Mexiquense en diciembre de 2015.

de los otros: los que escribían Méjico, con j, mayoritariamente peninsulares o que preferían seguir las reglas de la Real Academia Española. Conforme avanzó el siglo XIX y se acrecentó la ruptura con España, la x se acentuó como un elemento de identidad y sobre todo de nacionalismo y soberanía. Sin embargo, las razones para escribir Méjico y no México se multiplicaron a finales del siglo, particularmente entre los filólogos de la Academia Mexicana de la Lengua que claramente se oponían a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. La discusión se volvió más intensa a finales del siglo, cuando Miguel de Unamuno escribió su ensayo y en los momentos de una de las fases más graves de la historia de España. En 1898, el 19 de agosto, el diario liberal *El Globo*, que se publicaba en Madrid, advertía la ascendencia internacional de los Estados Unidos y la contienda a donde se dirigían “los pueblos del mundo”. Todo relacionado con el desastre de España:

Nuestra guerra con los Estados Unidos ha sido como el golpe dado sobre el fulminante. El desastre de Cavite, la nueva insurrección de los tagalos y, sobre todo, la rendición de Manila, han llevado un nuevo factor a las complicaciones de Oriente. Ese factor es la República norteamericana, que se ha desatado en furor colonial, que aspira a desempeñar papel activo en las cuestiones del viejo continente y que necesita territorios en los mares orientales, y quizás no se satisfaga con ser dueña de una de las islas Marianas y piense actuar como vencedor respecto á Filipinas. Esta intención despierta recelos en Rusia, y más vivos aún en Alemania. Los Estados Unidos contarán para sus combinaciones con la ayuda de Inglaterra... Es ya manifiesta la animosidad entre Rusia e Inglaterra; se inicia entre los Estados Unidos y Alemania, culpando aquéllos a esta nación de parcialidad en favor de España en la cuestión de Filipinas, y las otras potencias, si están al paño, no se limitarán a ser espectadores en esa contienda en que parece que van a jugar todos los pueblos del mundo (*El Globo*, 1898:1).

No era Unamuno el único ocupado de la crisis de España e Hispanoamérica, pero sí quien más destacó entre quienes buscaron explicar el patriotismo español y la identidad hispana, entre aquellos que –real o simbólicamente– formaron la generación del 98, como Valle Inclán, Azorín o Pío Baroja e, incluso, entre otros que llegaron después como José Ortega y Gasset. Amén de proponer “africanizar” España, Unamuno defendió la unidad hispanoamericana, que definió como una sola patria y posibilidad natural para España y equilibrio frente a los Estados Unidos. La literatura sobre el tema es larga.² No me propongo aquí discutir el nacionalismo unamuniano ni su hispanoamericanismo, sino cómo y por qué se opuso a la x de México.

² Sobre el nacionalismo e hispanismo en Unamuno véanse, por ejemplo, entre otros estudios, el de Barriuso (2004), González (2004), Fernández-Montesinos (1999).

Sin pretender explicaciones absolutas ni excluyentes, argumento: 1) el problema de fondo no era el uso de la x en el vocablo “México” –ortográficamente incorrecto en los criterios establecidos en el siglo XIX por la Real Academia Española dado que la letra no representa el sonido– sino el sentido nacionalista de la grafía, lo cual Unamuno entendió y volvió visible; 2) la x de México rompía la unidad “espiritual” de la patria hispanoamericana concebida por Unamuno; 3) el hispanoamericanismo unamuniano implicaba elementos característicos del discurso nacionalista: referencias al territorio, a la patria y su exaltación y defensa ante el resto del mundo; referencias a enemigos de la nación externos e internos, a héroes y a una determinada amenaza a la misma nación o patria.

NOCIÓN DE PATRIA

Hablar de nacionalismo siempre implica una idea de patria o de nación (aunque no hay consenso sobre ninguno de estos conceptos). La nación, además del ámbito natural al que está vinculada por nacimiento una comunidad, puede entenderse cómo un grupo amplio unido por un territorio, el sentimiento de pertenencia a la misma nación, por la historia, tradiciones, religión, idioma. No todos estos elementos están presentes en cada nación ni abarcan a la totalidad de la población. Hablamos en sentido general del mexicano, del argentino o del español en función de ciertas características: el sentimiento de orfandad o de egolatría, el guadalupanismo, el apego a la tierra, etcétera, pero en realidad nos referimos a características preponderantes o formas extremas pero nunca absolutas ni excluyentes.³ Casi siempre, además, la idea de nación y los elementos que pudieran darle unidad están asociados a un gobierno al que se le reconoce soberanía, pero en realidad hay muchas naciones que no reconocen el Estado al que están integradas o incluso constituyen identidades transfronterizas.⁴

Es cierto que en Unamuno encontramos una idea de nación y nacionalismo, pero no un sistema con las pretensiones de un especialista. Su método no fue el argumento duro, de cálculo u obvia relación de causa y consecuencia, ni la afirmación documentada. Desacreditó el silogismo o la exacta correspondencia entre lo que se afirma y los hechos. Prefirió la reflexión y una cierta violencia que provoca el choque entre ideas extremas:

³ Recuérdese por ejemplo que Octavio Paz inició *El laberinto de la soledad* con el análisis del “pachuco”, como forma extrema de ser del mexicano (1950:7-26).

⁴ He desarrollado el concepto de nación y nacionalismo en otros estudios, Vizcaíno (2004 y 2016).

Me conviene advertir al lector notariiego y silogístico, que aquí no se prueba nada con certificados históricos ni de otra clase, tal como él entenderá la prueba; que esto no es obra de la que él llamaría ciencia; que aquí sólo hallará retórica el que ignore que el silogismo es una mera figura de dicción [...] Suele buscarse la verdad completa en el justo medio por el método de remoción, por exclusión de los extremos, que con su juego y acción mutua engendran el ritmo de la vida, y así sólo se llega a una sombra de verdad, fría y nebulosa. Es preferible, creo, seguir otro método, el de afirmación alternativa de los contradictorios; es preferible hacer resaltar la fuerza de los extremos en el alma del lector para que el medio tome en ella vida, que es resultante de lucha. Tenga, pues, paciencia cuando el ritmo de nuestras reflexiones tuerza a un lado, y espere a que en su ondulación tuerza al otro y deje se produzca así en su ánimo la resultante, si es que lo logro (Unamuno, 1895:18-19).

Mientras Unamuno escribía, en aquel último lustro del siglo XIX, España reducía su tamaño. Aun así Unamuno conservaba la idea de la patria hispánica y se puede decir, incluso, que había una intención de recuperarla o acrecentarla a partir del idioma y la cultura, españolizando Europa, afirmando la unidad de Hispanoamérica y la de ésta con España. La imagen que había dejado la Colonia española representó una idea de nación compleja, contradictoria y de no fácil definición. Si para el francés Renan (1882), en cuya famosa conferencia sobre la nación, ésta implicaba una acción política y recuerdo de las glorias del pasado o el olvido de ciertos hechos, pero menos del idioma o las características étnicas, Unamuno iba a invertir la fórmula: primero el idioma, la historia común, castiza, y la etnicidad como origen de España e Hispanoamérica, o a una concepción donde se enlazaban ambas. El sentido cultural o etnográfico correspondía más con la acepción de patria, que rebasaba la estructura política de la nación y sus fronteras, una suerte de “espíritu” que une a los pueblos por las tradiciones y el idioma. Frente a la institucionalización de la nación, Unamuno especialmente insistió en la “patria espiritual”.

La nación, como categoría histórica transitoria, es lo que más impide que se depure, espiritualice y cristianice el sentimiento patriótico, desligándose de las cadenas del terruño, y dando lugar al sentimiento de la patria espiritual. La nación, y la historia con ella, es el capullo que protege la vida del patriotismo en larva; pero si ha de convertirse en mariposa espiritual que se bañe en luz y sea fecunda, tiene que romper y abandonar el capullo (Unamuno y Ganivet, 1912:42).

Tanto o más importante que el idioma o el sentimiento nacional, la identidad hispánica implicaba la cultura cristiana. Cuando Unamuno se refería a la crisis de España y de Europa también refería la agonía del cristianismo. Este sentido de la

religión y la nación, la identidad y la fe, se revelaba especialmente cuando Miguel de Unamuno en la década de 1920 de dictadura tuvo que salir de España. Una vez que cruzó la frontera con Francia se preguntó, quizá con más insistencia, sobre la patria y el patriotismo en su *Agonía del cristianismo*: “Escribo [...] fuera de mi patria, España, desgarrada por la más vergonzosa y estúpida tiranía” (1938:130).

El idioma y el cristianismo, especialmente unidos a la historia, al carácter y la etnicidad, fueron pensados también en Unamuno como elementos de unidad espiritual entre los pueblos de hispanoamérica, patria fundada sobre un territorio unido por el idioma en el proyecto de Unamuno. El idioma fue la posibilidad del reencuentro de los ciudadanos de la lengua española.

UNAMUNO CONTRA DESCARTES

En una carta a Amado Nervo, reproducida en la *Revista Moderna de México* en 1903, Unamuno escribía:

Este ambiente [en Castilla] me resulta cada día más estrecho y empobrecedor y los que queremos libertar el espíritu de la inquisición latente que nos rodea, tenemos que verterlo afuera, y ¿a dónde mejor que en aquellos países en que se piensa con nuestra propia lengua? Que me sirva siquiera este viejo y noble idioma castellano para emanciparme de la presión de la Castilla de hoy. Es un bien común a varios pueblos y debemos cultivarlo todos, arrancándolo de monopolios casticistas y hacer de él el vehículo de una cultura fuerte, joven y generosa (1903:31).

Las palabras a Nervo asumían asimismo el idioma, el Castellano, como emancipación y como bien común de todos los pueblos. La idea de unidad entre España y la América española, es decir, el nacionalismo hispánico que tuvo como propósito la homogeneidad lingüística y religiosa, así como el reconocimiento de los símbolos y la soberanía de la corona, había adquirido importancia ya en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero fue a inicios del XIX cuando hubo de precipitarse –paralelamente a los procesos por la autonomía de las Américas o como alternativa a éstos– una idea de nación propia del liberalismo español, concretamente en las Cortes de Cádiz: la soberanía del pueblo, la división de poderes y el tránsito del vasallo al ciudadano, de la hacienda real a la hacienda pública, de la representación por estamentos a las elecciones populares.⁵ La

⁵ El principio teórico asumido incluso hoy, por ejemplo Fernández (2013), entre otros, asocia la nación española al Estado actual de sus fronteras al tiempo que descarta caracterizar como nación el

nación también como la entidad política que reconocía la igualdad entre americanos y peninsulares. Particularmente se había formalizado en la Constitución de 1812: la nación como “la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios” (artículo 1); los españoles como todos “los hombres libres nacidos o avecindados en los dominios de las Españas” (artículo 5) y entre cuyas principales obligaciones estaba “el amor a la patria” y “respetar la autoridad establecida” (artículos 6 y 7). La Independencia de las Américas implicó la ruptura de la autoridad, del comercio y en muchos sentidos de la cultura y las ideas, empero el proyecto de nación “a la gaditana”: la unión de los españoles de ambos hemisferios, perseveró entre intelectuales y proyectos políticos. La perspectiva de Miguel de Unamuno de alguna manera continuaba la de Cádiz. Recogía esa peculiar manera de pensar la nación, a pesar de la separación de los océanos y de las razas, de las especificidades étnicas y lingüísticas, y sobre todo rechazó a Francia tanto o más los diputados atrincherados en aquellas Cortes.

Veinte años menor que Unamuno, Ortega y Gasset fue también una guía frente a la crisis de España heredada del Año del Desastre. Entre ambos discurrieron las principales explicaciones, pero la voz de Unamuno contrastaba con el orteguismo. Ilustra ese encuentro de pensamientos el recuerdo de Luis Monguió de una tarde en el Ateneo de Madrid:

Había tertulias de los grandes personajes de la cultura española de la época. Cuando venía don Miguel de Unamuno de Salamanca [...] pasaba siempre una horita por la tarde en el Ateneo. Y todos los muchachos, ¿qué decían? Don Miguel, a quien teóricamente odiábamos porque todos éramos Orteguistas, y don Miguel estaba contra esto y aquello pero nunca por nada, mientras que Ortega por lo menos estaba por algo, y en aquel momento estaba por liberalizar, por una república, tal y cual (1996:13).

Ortega y Gasset creía en la “europeización de España” y, en sentido peyorativo, señalaba a Unamuno por la intención de “africanizarla”. Esa disyuntiva había sido desde el *regeneracionismo* característica predominante, por ejemplo en Joaquín Costa (1898). Ortega y Gasset posteriormente se convirtió en la figura más representativa de la europeización. Por un lado, uno miraba hacia el norte, a Europa y en especial a Francia. Por otro, Unamuno, que rechazaba abiertamente a Francia y en cambio buscaba

otro Imperio. Evidentemente, mi consideración es diferente; tal como se cita en la Constitución de Cádiz y en los Diarios de Debates de las Cortes (1808-1813), la España imperial de entonces era concebida como nación. En correspondencia con un concepto no condicionado al Estado ni a sus ciudadanos, la nación puede concebirse como una comunidad no limitada por las fronteras.

dentro de la propia historia, hasta las raíces profundas que conducen al norte de África. Eduardo Ortega y Gasset, hermano de José, en sus *Monodiálogos de Unamuno*, sintetiza un intercambio epistolar que da cuenta de esa disputa.

Unamuno decía entre otras cosas: “Si fuera posible que un pueblo dé a Descartes y a San Juan de la Cruz, yo me quedaría con éste”. José replica que “eso equivale a lo que a veces hacen los mozos en un baile: dan un trancazo sobre el candil, para que todo quede a oscuras. ¿Qué otra cosa es, si no, preferir por Descartes al lindo frailecito de corazón incandescente que urde en su celda encajes de retórica extática? Sin Descartes nos quedaríamos a oscuras y ni aun veríamos el pardo sayal de Juan de la Cruz” (Ortega, 1958:33).

La perspectiva de José Ortega y Gasset no escondía una consideración étnica, que asumió no como reconocimiento de la diversidad sino como imperativo de selección. No olvidemos que al menos en sus primeros escritos Ortega concibió a las élites españolas incapaces de mando, carentes de inteligencia. Creyó incluso en el “imperativo de la selección, purificación y mejoramiento étnicos [...] Usando de ella como de un cincel es preciso forjar un nuevo tipo de hombre español” (1921:169-170). Para Ortega la América española esencialmente representaba una sociedad concebida como “promesa”, poco desarrollada y a lo sumo unida por la fuente de la cultura española; sus escritos sobre Hispanoamérica, como hecho histórico, como “paisaje” y geografía, profundizan en la experiencia Argentina.⁶ Para Unamuno, en cambio, la América española constituía una patria, fundamental como solución a la crisis de España y defensa en la política internacional frente a Estados Unidos.⁷

⁶ Las ideas orteguistas sobre Argentina e Hispanoamérica pueden seguirse en su *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América* (1957). De sus polémicos conceptos acerca de la cultura en ese país, especialmente en su ensayo de 1929, “La Pampa, promesas”, hay una enorme literatura que inicia con las reacciones de la época publicadas en la prensa desde 1930. De la influencia de Ortega y Gasset en el pensamiento hispanoamericano véase, entre otros, el estudio clásico *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana* (Medin, 1994). Un libro relativamente reciente publicado por el Fondo de Cultura Económica (Ortega y Gasset, 2006) recoge sus viajes a la Argentina y conferencias en Buenos Aires.

⁷ La influencia de Ortega y Gasset, sin embargo, fue superior en el pensamiento hispanoamericano, en especial en sociología y la filosofía. Sus ideas fueron conocidas desde la década de 1920 y, posteriormente, la emigración de refugiados españoles republicanos o los hijos de éstos, muchos de ellos intelectuales contratados por universidades públicas en México, contribuyeron a la expansión del orteguismo, por ejemplo José Gaos, Leopoldo Zea, Fernando Salmerón o Ramón Xirau.

Además de rechazar la modernidad francesa, Unamuno miraba a la historia y hacia Hispanoamérica, paradójicamente como posibilidad y salida a la crisis de España y equilibrio ante Estados Unidos. Pensaba en los cantos del siglo XVI que exaltaba la unidad y poder de la corona de España, por ejemplo en un verso de Hernando de Acuña que Unamuno solía citar: “un imperio, una espada, un monarca” (1918:13). Quería enraizar España, hasta “africanizar a la antigua”:

He aquí una expresión “africano antiguo” que puede contraponerse a la de “europeo moderno” y que vale tanto, por lo menos, como ella. Africano y antiguo es San Agustín; lo es Tertuliano. Y ¿por qué no hemos de decir: “hay que africanizarse a la antigua” o “hay que anticuarse a la africana”? [...] Después de haber peregrinado por diversos campos de la moderna cultura europea me pregunto a solas con mi conciencia: ¿soy europeo?, ¿soy moderno? Y mi conciencia me responde: no, no eres europeo, eso que se llama ser europeo; no, no eres moderno, eso que se llama ser moderno. Y vuelvo a preguntarme: y eso de no sentirte ni europeo ni moderno, ¿arranca acaso de ser tú español?, ¿somos los españoles, en el fondo, irreductibles a la europeización y a la modernización? Y en caso de serlo, ¿no tenemos salvación?, ¿no hay otra vida que la vida moderna y europea?, ¿no hay otra cultura, o como quiera llamársela? Ante todo, y por lo que a mí hace, debo confesar que cuanto más en ello medito más descubro la íntima repugnancia que mi espíritu siente hacia todo lo que pasa por principios directores del espíritu europeo moderno, hacia la ortodoxia científica de hoy, hacia sus métodos, hacia sus tendencias (Unamuno, 1918b:161).

La cuestión: ¿europeizar o españolizar?, se expresaba en muchas otras disputas. Por ejemplo, en la respuesta de Unamuno a Pío Baroja, con motivo de un artículo de éste donde calificaba a España como triste y atrasada en comparación con Francia apasionada y fértil:

¿No vale la pena renunciar a esa agradable vida de Francia a cambio de respirar el espíritu que puede producir un Cervantes, un Velázquez, un Greco, un Goya?, ¿no son acaso éstos incompatibles con el vino de Burdeos? Yo me quedo con el Quijote, con Velázquez, con el Greco, con Goya, y sin el vino de Burdeos, ni las ostras de Arcachon, ni Racine, ni Delacroix. La pasión y la sensualidad son incompatibles: la pasión es arbitraria, la sensualidad es lógica (Unamuno, 1918b:170).

Y en general, en los señalamientos de Unamuno de los literatos españoles que buscaban imitar la literatura francesa, los vicios artísticos de “ese pueblo terriblemente lógico, desesperadamente geométrico, cartesiano” (1918b:181).

Europeización frente a españolización, no era una tensión menor. Empero uno y otro proyecto escondían un estrato más profundo, un problema histórico y cultural mucho más extenso: la integridad del territorio y la unidad nacional, la pérdida paulatina de los territorios de España y, tanto o más grave, la fragmentación cultural y jurídica alentada por los nacionalismos regionales. Cataluña y el País Vasco, en sus tendencias nacionalistas y secesionistas, continuaban ese proceso de desintegración iniciado a finales del siglo XVIII.

HISPANOAMÉRICA COMO DISCURSO NACIONALISTA

Toda nación, amplio grupo de personas unidas por elementos materiales y simbólicos, además posee una jerarquía y un discurso en favor de la unidad y de la legitimidad de la autoridad. Más que una comunidad imaginada, la nación implica un discurso que busca imponerse sobre otros discursos, que tiene la supremacía de una explicación y se caracteriza por asumir y generalizar símbolos que “en nombre de la nación” deben ser compartidos real o imaginariamente por el conjunto de sus miembros. El hispanoamericanismo de Unamuno es precisamente ejemplo de un discurso que busca imponerse sobre otras explicaciones, aquí entrelazado con su visión de Bolívar:

Una de las más acendradas y más legítimas glorias del pensamiento hispanoamericano contemporáneo, José Enrique Rodó [...] decía que si es alta la idea de la patria en los pueblos de la América Latina, en esta viva armonía de las naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo tan alto como la idea de la patria, y es la idea de la América; la idea de la América como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de Méjico hasta los sempiternos hielos del Sur? Y añadía: “Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana” [...] Es el sueño del gran Libertador, de Simón Bolívar, que pretendía dar libertad a Cuba y Puerto Rico y “establecer un equilibrio permanente entre la gran República de origen inglés y las repúblicas de origen español” (Unamuno, 1911:273-277).

Las palabras y anécdotas de la vida de Bolívar que recogía Unamuno dicen en realidad más de la percepción que Unamuno tenía de hispanoamérica que de Bolívar, o Rodó, y condensa los referentes característicos del nacionalismo: la nación (o expresiones semejantes como patria o territorio), la historia y sus héroes, los enemigos

de la patria y los enemigos externos, un problema esencial de la nación y su posible solución y, como siempre, la defensa de esa nación ante el mundo y ante los mismos miembros de ésta. Si generalmente empalma la España peninsular con la América española aquí centra la condición del nacionalismo en esta última. Menciona los pueblos de América Latina de distintas formas, pero destaca ésta: la patria, una sola patria constituida por varios países. Abarca, según Unamuno, desde el golfo de México hasta el sempiterno Sur. Incluso el territorio, en una perspectiva más simbólica que geográfica, incluye a los ciudadanos de la intelectualidad americana y con ello Hispanoamérica alcanza un vasto espacio en “la historia del mundo”. Pasa Unamuno a señalar, con tanta importancia como el territorio y la historia, el futuro: la nación como idea de lo imperecedero. Si territorio y tiempo se entrelazan en una imagen imperecedera, sirven a la unidad la raza, la Independencia –en Unamuno cualidad y carácter a pesar de la desintegración de la España como sistema colonial–, el idioma y sus instituciones, la tradición, los héroes –de los cuales el primero es Simón Bolívar–, los intelectuales, especialmente los que usan el idioma de una manera artística o para recrear la identidad: Sarmiento, Bilbao, Martín, Bello, Montalvo, Rodó. En el fondo Unamuno pensó en Hispanoamérica como patria o nación (cultura) cuyo fundamento último no radicaba en lo autóctono –como lo fue para los criollos desde la segunda mitad del siglo XVIII– ni por ejemplo en formas específicas de la fe y el guadalupanismo, sino en la cultura que resurge en América nutrida por España y sus intelectuales que constituyen una extensión de aquélla y el puente que une el pasado colonial con la modernidad, de ahí que Simón Bolívar y los intelectuales del XIX representen a los libertadores y a su vez la unión con España a partir del pensamiento y el ejercicio artístico.

Cada vez que Unamuno exaltaba a España o Hispanoamérica –como en casi todo discurso nacionalista– aparece un problema: una amenaza o agresión a la patria. Y junto a éste, una solución que –amén de cualquier argumentación válida– queda justificada por el interés nacional; porque así lo “exige la patria”. En el párrafo citado Hispanoamérica enfrenta el problema de “la gran República de origen inglés”. Aparece aquí el conflicto iniciado al menos a finales del siglo XVI entre la cultura anglosajona y la hispánica. La particularidad a finales del siglo XIX y principios del XX radicaba en que ese conflicto, que se había trasladado al continente americano, era ganado finalmente por los sajones de Norteamérica. El Desastre de España era también la amenaza de Estados Unidos sobre Hispanoamérica. Unamuno lo expresó en varios ensayos; aquí lo vuelve visible a través del proyecto de Bolívar.

LA X DE MÉXICO COMO RUPTURA DE HISPANOAMÉRICA

Unamuno veía como uno de los problemas de Hispanoamérica la intención colonialista de Estados Unidos, que desde 1898 se había acelerado. Un signo, el de la x de México, constituía otro asunto, en apariencia simple de plantear, pero que asimismo confrontaba la unidad del idioma, de la patria hispanoamericana y la hegemonía lingüística de Madrid sobre la América española.

El problema había surgido, al menos, desde finales del siglo XVIII con los esfuerzos de la corona por volver más eficientes los procesos administrativos y favorecer la unidad cultural y homogeneidad lingüística y religiosa. Era la tensión entre el nacionalismo hispánico y el patriotismo criollo. Pero fue especialmente a partir de la edición de 1815 de la Gramática de la Real Academia cuando se definió de manera expresa como error escribir México con x. El problema no sólo era de ortografía ni de ciencia, aunque evidentemente el propósito se dirigía a uniformar la grafía con la pronunciación, por lo que México tal como se pronuncia debía escribirse con j. La definición de la Real Academia empero iba contra la identidad de una comunidad que mayoritariamente escribía desde el siglo XVI México y no Méjico. “Caja”, por ejemplo, se había escrito como “caxa”, con x; cambiar al uso de la j en este caso no constituyó ninguna dificultad como tampoco ocurrió con muchas otras palabras, incluso nombres de personas y lugares. Pero el topónimo México representaba mucho más que una tradición. Expresaba un asunto de política, de identidad y con el paso del tiempo de autonomía frente a la Península.

No es aquí el caso profundizar en los argumentos de unos y otros especialistas, los que estaban por la x y los que estaban por la j. Aquellos centrados en la etimología y el sonido “ks” o “sh” del Náhuatl; por otra parte, los defensores de la j apelaban al uso “científico” y la evolución “natural” del Castellano de escribir de acuerdo con la pronunciación. En cualquier caso era evidente que se trataba también de un asunto de dominio, hegemonía sobre el idioma y por tanto sobre la cultura de amplios grupos de personas, de sentimiento e identidad nacional. Soberanía, incluso. Fray Servando Teresa de Mier explícitamente había asociado la Independencia de México con la x y lo había señalado así desde la prisión de San Juan de Ulúa en 1821, cuando escribió su *Carta de despedida a los mexicanos*. Ya durante el periodo independiente, mientras corrían las tensiones entre republicanos y quienes defendían los proyectos imperiales en México, aquellos muchas veces inclinados por la x, éstos por la j, continuó en México y parcialmente entre la literatura de España la disputa entre las letras y se acentuó conforme avanzó el siglo. La j era natural entre los filólogos de la Academia Mexicana de la Lengua, que seguía los criterios de Madrid, y entre los pensadores del

conservadurismo político. Lucas Alamán escribió su *Historia de Méjico* (1849) así, con j, en oposición por ejemplo a la de Bustamante (1846) o Mier (1813). Pero lo cierto es que las excepciones abundan. Luis Mora, liberal precursor de las reformas de 1857, escribió *Méjico y sus revoluciones* (1836), así, usando en el vocablo la j. Todavía existieron casos del uso de la “g”. El *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico* de Zavala (1831) revela los caminos diversos que había tomado el topónimo del país. Se puede decir que el uso de la x se afirmó hasta el porfiriato, el tiempo en que los intelectuales mexicanos vieron caer definitivamente el imperio español en América y la ascendencia de Estados Unidos. Lo determinante, además, radicaba en el autoritarismo del porfiriato. Intelectuales de la Academia Mexicana de la Lengua escribían México con x por “respeto” al presidente de la República. Síntesis de esa época fueron estas palabras pronunciadas por uno de los filólogos de la Academia: “Quitarle a México la x es como si al águila de nuestro escudo se le suprimiese el índico nopal o la ondulada culebra” (Revilla, 1911:9).

El argumento de Miguel de Unamuno en defensa de Méjico y no México, dirigido en parte a la prensa de Madrid y en parte a los intelectuales de los países hispanoamericanos, seguía en buena medida las características del nacionalismo de Estado: la exaltación de la patria y el territorio, la visión de un problema —el uso incorrecto de la x y la fragmentación de la unidad entre los hablantes del idioma—, la solución de ese problema para beneficio de la nación y la unidad, la imagen de los “antipatriotas” que rompiendo las reglas científicas escribían para el capricho de un gobierno; en fin, la Real Academia de la Lengua, y el mismo Unamuno, como los patriotas capaces de enderezar la escritura y con ello la unidad, la nación como reunión de España y sus territorios de ultramar (Unamuno, 1898:396). Unamuno dirigió sus acusaciones a los periódicos en España por “rendirse a la pedantesca manía mejicana de escribir México”. Partía del principio que presenta como natural y científico el idioma: “acercarse en su escritura a la ortografía fonética” y en cambio como falacia o pedantería esa x en el vocablo que deriva de la palabra azteca. Sostuvo como un privilegio para México mantener la x cuando de acuerdo a las normas de la Real Academia debía escribirse con j: privilegio no concedido a Guadalajara o Jerez, por ejemplo. Inmediatamente pasaba del problema ortográfico a lo esencial, el nacionalismo y la intención del gobierno en México de utilizar la x para apoyar su independencia frente a España, lo cual desde el punto de vista de Unamuno no ayudaba en realidad a la soberanía del país y era contrario a la unidad cultural hispanoamericana. Responsabilizaba de esto a los “criollos mejicanos”.

La cuestión es dar al vocablo cierto aire exótico y extraño para expresar así cierto prurito de distinción e independencia [...] para que se sepa que el nombre de su nación

—nombre privilegiado que se escribe de un modo y se lee de otro— es un nombre de origen indígena. Si se escribiera racionalmente Méjico, podría acaso correr peligro la clara conciencia de la personalidad nacional de la próspera república de Porfirio Díaz. Hay que distinguirse, aunque sólo sea por una x. Todo ello no pasa después de todo de un desahogo infantil (Unamuno, 1898:396).

El problema señalado es cierto: la x y su sonido en el origen indígena, un sólo símbolo para dos culturas, servía entre las élites —en realidad predominantemente mestizos— como independencia y soberanía. Unamuno llamó desahogo infantil a esa representación que condensa vocablo, ícono, historia y soberanía.

A Unamuno sobre todo le importaba el otro lado del “capricho pueril” del gobierno de Porfirio Díaz y de los que llamó “criollos mejicanos”. Le interesaba “estrechar cada día más los lazos espirituales entre las naciones todas de lengua española, y estrecharlos sobre la base del idioma común ante todo”. Y el idioma común en Unamuno era el Español o idioma “hispanoamericano” que debía tener por base el Castellano y la soberanía de la Real Academia Española.⁸ Si el lenguaje sirve para favorecer los lazos y elementos culturales comunes en un territorio, la Real Academia de la Lengua Española desempeñaba desde finales del XVIII ese papel protagónico para favorecer la unidad. La soberanía de las instituciones y el idioma son uno si las respalda una tecnología y un poder militar. En ausencia de éstos la última esperanza, aunque ya difícil de sostener, radica en la soberanía del idioma normado por las instituciones constituidas para la materia. La derrota militar y política de España en el ámbito mundial en 1898 había sido de tal magnitud que ese año acabó por entenderse como “El Año del Desastre”.

⁸ En una consulta personal preguntando por qué se escribe México con x, la Academia Mexicana de la Lengua respondió a principios de 2016, citando como referencia autorizada el *Diccionario panhispánico de dudas*, publicado por la Real Academia de la Lengua Española. La respuesta revela la falta de unidad en el lenguaje, la ruptura que Unamuno quiso evitar: “México. La grafía recomendada para este topónimo es México, y su pronunciación correcta [méjiko] (no [méksiko]). También se recomienda escribir con x todos sus derivados: mexicano, mexicanismo, etcétera (se pronuncian [mejikanó, mejikanísmo, etcétera]). La aparente falta de correspondencia entre grafía y pronunciación se debe a que la letra x que aparece en la forma escrita de este y otros topónimos americanos (Oaxaca y Texas) conserva el valor que tenía en épocas antiguas del idioma, en las que representaba el sonido que hoy corresponde a la letra j. Este arcaísmo ortográfico se conservó en México y, por extensión, en el español de América, mientras que en España, las grafías usuales hasta no hace mucho eran Méjico, mejicano, etcétera. Aunque son también correctas las formas con j, se recomiendan las grafías con x por ser las usadas en el propio país y, mayoritariamente, en el resto de Hispanoamérica” (Academia Mexicana de la Lengua, 2016).

Y al menos en el topónimo de México y el uso de la x, la Real Academia iba asimismo a sucumbir.

El problema que planteaba Miguel de Unamuno conlleva por una parte la idea de México y sus “criollos”: gobiernos caracterizados como pueriles e infantiles defensores de la soberanía mediante el arma de una letra; por otra, la necesidad de favorecer la unidad espiritual entre los pueblos de habla española. La x además descubría un continuo acercamiento de los gobiernos liberales de México con los Estados Unidos y a su vez la distancia con España e Hispanoamérica. Ese había sido el problema y en las palabras de Unamuno podemos ver ese proceso y volverlo visible en la iconografía de una letra.

CONCLUSIÓN

Expresión de una época de crisis social y militar, cultural y nacional en la que la pérdida de territorios históricamente pertenecientes a España parecía continuar hasta colocar a la sociedad y el Estado en una de sus peores debacles, Miguel de Unamuno buscó posibles caminos para salir del Desastre. Entre otros, el central fue exaltar la identidad de España a partir de mirar su propia historia y los elementos más auténticos. Su propuesta iba en contra de la corriente predominantemente encabezada por el regeneracionismo y por Ortega y Gasset: Europa y Francia como solución a la crisis de España. Desde el conocido ensayo de 1895 sobre la casticidad de España hasta sus pensamientos sobre el cristianismo o la política convertida en religión y viceversa del segundo lustro de la década de 1920, el problema de la patria y el patriotismo fue un eje en derredor del cual puede ordenarse la obra unamuniana. La patria, en Unamuno, según la metáfora que él mismo propuso, es como una larva, primero condicionada por la estructura de las instituciones y la historia de la nación pero que más tarde se expande y eleva para poder realizarse. En ese sentido, Hispanoamérica fue pensada no como nación sino como patria, delimitada –dependiendo del punto de vista– a la América donde se habla Español o bien a ésta unida a la Península.

Unamuno escribió sobre Hispanoamérica y mientras escribía contribuía a construir el concepto de la patria hispanoamericana. Creyó en Hispanoamérica como una unidad que igualó a la de patria, extensión y posibilidad de España y a su vez identidad para afirmar la hispanidad y resistir frente a la expansión estadounidense.

¿Qué guiaba a Unamuno en su exigencia por escribir Méjico y no México? No se trataba de una letra ni de cualquier palabra sino del topónimo con el que toda una parte (México) de aquella pretendida patria hispana o hispanoamericana se desligaba del

conjunto y enfrentaba a la aún hegemonía de Madrid, la hegemonía del idioma de la que Unamuno era parte. Las exigencias de Miguel de Unamuno por escribir “Méjico”, ortográficamente correcto con j de acuerdo con la Real Academia Española, pretendían conservar en el ámbito de la cultura y el idioma la unidad “espiritual” que no era sino la esencia de la unidad de la patria. La j, puede leerse, entonces, como la representación de un doble sentido: la unidad y el dominio de Madrid sobre la América hispana. La x, como expresión de la nación y el nacionalismo mexicano y por tanto en tensión permanente con el sentido simbólico y político de la j.

En ese contexto, simbólico pero también unido a factores materiales –población, territorio e instituciones–, la x de México expresaba la ruptura con la patria unamuniana. La defensa de Unamuno por Méjico con j revelaba la búsqueda de unidad y, asimismo, una manera de nacionalismo o patriotismo, cuyos referentes incluía una idea de nación o de patria, un problema que amenaza a la misma (por ejemplo la x de México, pero también el afrancesamiento de la cultura en España o el colonialismo de los Estados Unidos), una solución, héroes, historia, enemigos de la patria y defensa de ésta ante el mundo.

Los llamados de Unamuno por un México con j no tuvieron mayor éxito. La misma Real Academia acabó por aceptar, un siglo después, el uso de la x en el vocablo como la forma preferible en México e Hispanoamérica y aceptandola como excepción en la misma España. La acusación que Unamuno dirigió a las élites mexicanas no puede desvincularse de su contexto. La soberanía que se perdía en 1898 en Cuba y Puerto Rico, además de la de Filipinas en el Desastre de España, era otra fase de un proceso iniciado a finales del XVIII y principios del XIX: la paulatina desintegración del territorio español, la influencia creciente de Estados Unidos sobre México y paralelamente la pérdida de esa otra soberanía peninsular sobre Hispanoamérica, la del idioma que se condensaba en el acto “pueril” por la defensa de la X. Una cuestión, no resuelta en estas páginas, surge de la conexión entre la producción de símbolos y los cambios mundiales. ¿Cómo no reconocer que los sucesos desde finales del XIX y hasta al menos el inicio de la Primera Guerra Mundial provocaron íconos y sentidos imaginarios?, ¿cómo el dominio de la x sobre la j en el topónimo de México –imposible de desligar de la identidad o la historiografía, de los billetes o las estampas postales, en una palabra del nacionalismo mexicano– estaba conectado con los procesos mundiales, el avance de Estados Unidos y el Desastre de España? Unamuno en ese contexto todavía se atrevió a reclamar contra el nacionalismo que se urgía en la x de México y exaltar la América Española desde el Golfo de México hasta el Sur. Podría decirse, sin embargo, que no advirtió que detrás de la x se hallaban no sólo los liberales y las élites del porfiriano, sino –aunque no lo parezca– la derrota de España o, de otra manera, la armada y el

expansionismo de Estados Unidos, que amén de sostener a los republicanos mexicanos, distinguieron en su propia historiografía la escritura de México con x.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia Mexicana de la Lengua Española (2016). “¿Por qué se escribe México con x y cómo y desde cuándo esta letra se impuso sobre la j?”, correo electrónico.
- Alamán, Lucas (1849). *Historia de Méjico: desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. México: Imprenta de J.M. Lara.
- Alazraki, Jaime (1966). “Unamuno Crítico de la Literatura Hispano Americana”, *Hispania*, vol. 49, núm. 4, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, pp. 755-763.
- Ayo, Álvaro (2006). “El arca de Don Quijote: la lengua, el mar y la invención de España en dos poemarios de Miguel de Unamuno”, *Anales de la literatura española contemporánea*, vol. 31, núm. 1, Society of Spanish & Spanish-American Studies, pp. 7-28.
- Barriuso, Carlos (2004). “Unamuno y los dilemas de la nacionalidad”, *Revista Hispánica Moderna*, vol. 57, núm. 1, University of Pennsylvania Press, pp. 81-97.
- Bustamante, Carlos María de (1843-1846). *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*. México: Imprenta J. Mariano Lara.
- Chaves, Julio César (1964). *Unamuno en América*. Madrid: Cultura Hispánica.
- Costa, Joaquín (1898). *Colectivismo agrario en España*. Madrid: Imprenta de San Francisco de Sales.
- El Globo* (1898). “La paz”, Madrid, 19 de agosto, p. 1.
- Fernández-Montesinos, Alberto Egea (1999). “De mares, encinas y camaleones: desajustes retóricos y ajustes nacionalistas en la etapa primera de Miguel de Unamuno”, *Revista Hispánica Moderna*, vol. 52, núm. 2, pp. 384-402.
- Fernández, Donato (2010). *Historia de la Unión Europea: España como estado miembro*. Madrid: Delta.
- Garrido Ardila, Juan (2007). *Etnografía y politología del 98. Unamuno, Ganivet y Maeztu*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gómez García, Juan Guillermo (ed.) (2009). “En torno a algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana, de Miguel de Unamuno”, *Literatura y anarquismo en Manuel González Prada*, Siglo del Hombre Editores, pp. 143-162.
- González, José (2004). “Unamuno y la intelectualidad rioplatense: conformación de una perspectiva iberocéntrica”, *Hispamérica*, año 33, núm. 98, agosto, pp. 3-17.
- Gutiérrez, Daniel (2015). “Imaginario geopolítico en México desde la Gran Guerra 1917”, Colegio Mexiquense.
- Marías, Julián (1950). *Miguel de Unamuno*. Argentina: Espasa Calpe.
- Medin, Tzvi (1994). *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Mier, Servando Teresa de (1813). *Historia de la revolución de la Nueva España antiguamente Anáhuac*. Londres: Guillermo Glindon.
- Mora, José María (1836). *Méjico y sus revoluciones*. París: Librería de Rosa.
- Munguió, Luis (1996). "Memorias de un hombre de acción y pensamiento. Entrevista con John Polt en 1996", en John Polt (ed.), *Regional Oral History Office*. Estados Unidos: University of California, Berkeley.
- Ortega y Gasset, Eduardo (1958a). *Monodialogos de Miguel de Unamuno*. Nueva York: Ediciones Ibérica.
- Ortega y Gasset, José (1921). *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos*. Madrid: Calpe.
- (1958b). *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*. Argentina: Revista de Occidente en Alianza Editorial.
- (2006). *Meditación de nuestro tiempo: las conferencias de Buenos Aires, 1916 y 1928*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, Octavio (1950). *El laberinto de la soledad*. México: Cuadernos Americanos.
- Pérez, Janet (1999). "La razón de la sinrazón: Unamuno, Machado, and Ortega in the Thought of María Zambrano", *Hispania*, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, vol. 82, núm. 1, pp. 56-67.
- Renan, Ernest (1882). *Qu'est-ce qu'une nation?* París: Calmann Lévy.
- Reyes, Alfonso (1952). *La x en la frente*. México: Porrúa.
- Roberts, Stephen (2000). "El nacimiento de un prejuicio", en *Tu mano es mi destino*. España: Universidad de Salamanca, pp. 419-428.
- Rodó, José Enrique (1900). *Ariel*. Madrid: Lux.
- Romanell, Patrick (1975). "Samuel Ramos on the Philosophy of Mexican Culture: Ortega and Unamuno in Mexico", *Latin American Research Review*, vol. 10, núm. 3, pp. 81-101.
- Sánchez Gey Venegas, Juana (2001). "Unamuno y Rodó a fin de siglo", en *Tu mano es mi destino*. España: Universidad de Salamanca, pp. 425-435.
- Unamuno, Miguel de (1895). "En torno al casticismo. La tradición eterna", *La España moderna*, vol. VII, núm. LXXIV, pp. 17-40.
- (1898). "Méjico y no México", *Madrid Cómic*, p. 1.
- (1903). "Carta a Amado Nervo", *Revista Moderna de México*.
- (1905). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Fernando Fe.
- (1911a). "Bolívar y Quijote", en *Soliloquios y conversaciones*. Madrid: Biblioteca Renacimiento, pp. 273-284.
- (1911b). "Don Quijote y Bolívar", en *Soliloquios y conversaciones*. Madrid: Biblioteca Renacimiento, pp. 273-284.
- (1911c). *Por tierras de Portugal y España*. Biblioteca Renacimiento.
- (1914). *Vida de Don Quijote y Sancho según Miguel de Cervantes Saavedra*. Renacimiento.
- (1918a). "Más sobre la crisis del patriotismo", en *Ensayos*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, pp. 8-35.

- (1918b). “Sobre la europeización”, en *Ensayos*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, pp. 157-189.
- (1938). *La agonía del cristianismo*. Buenos Aires: Losada.
- (1983). “Don Quijote y Bolívar”, *Revista de Historia de América*, núm. 95, pp. 131-137.
- (1997). *Del patriotismo espiritual. Artículos en la nación de Buenos Aires 1901-1914*. España: Ediciones Universidad de Salamanca.
- (2002). *Americanidad*, Nelson R. Orringer (comp.), Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- y Ganivet, Ángel (1912). *El porvenir de España*. Madrid: Renacimiento.
- Vizcaíno, Fernando (2004). *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México.
- (2016). *Léxico de la vida social*, Fernando Castañeda (ed.), México: UNAM/SITESA.



CACAO CIMARRÓN

La gran riqueza que aún permanece en las comunidades rurales más apartadas del país, por lo general en las zonas temporaleras, se manifiesta en la agrobiodiversidad, que es la base de los sistemas alimentarios de los pueblos indígenas y campesinos de México; es el sustento de la variedad de platillos que conforman la cocina mexicana tan aplaudida en años recientes por ser reconocida como parte del patrimonio de la humanidad. Sin embargo, con frecuencia se olvida a los campesinos de quienes depende esa agrobiodiversidad y esos conocimientos gastronómicos de los que ahora nos enorgullece a los mexicanos, son los menos reconocidos.